

## VI

## El ramo de rosas.

El hermoso Solignac estaba contento. Si la señorita de la Rigaudié le hubiese rehusado su apoyo, se hubiese pasado sin él, y hubiera llevado adelante sus proyectos, aun á pesar de ella: pero se alegraba de que la marquesa se ocupase en distraer á su servidumbre, impidiéndoles enterarse de lo que iba á pasar en el jardín del hotel.

El coronel dió orden á Castoret de que se proporcionara piquetas y azadones y de que hiciera llegar á manos de Claudio Riviere las instrucciones necesarias para que el comandante se pusiera de acuerdo con sus amigos de fuera. Era preciso trabajar al mismo tiempo, para llegar á una hora fija al pasage subterráneo que Solignac habria limpiado. El patio á donde el comandante Riviere bajaba una vez todos los dias, durante una hora, para respirar y hacer un poco de ejercicio, comunicaba justamente por un pequeño corredor con la puerta, que,—segun afirmaba Solignac despues de haber estudiado

la configuracion del terreno—daba á las cuevas del hotel de la Rigaudié. Claudio Riviere desde el primer dia de su estancia en el Temple, habia notado aquel corredor, con esa especie de magnetismo de los prisioneros, que adivinan por qué camino se puede ir á la libertad.

La desgracia era que los vigilantes de la cárcel, avisados sin duda, estaban siempre de pie como centinelas en el umbral de la puerta que, de la cárcel, daba al corredor y con la vista fija continuamente en el corredor que atraia al comandante como una esperanza segura de salvacion.

Pero la fé que tenia Claudio en Solignac era tal, que no dudaba de su próxima libertad.

—Existe una palabra que el coronel ignora—pensaba Riviere,—y es la palabra *imposible*. ¡A estas horas ya debe estar trabajando!

Y el prisionero presentía, tras aquellas altas paredes, una voluntad activa que triunfaria al fin de los cerrojos y de los carceleros.

Claudio bajó una tarde á aquel patio tantas veces recorrido, cuando notó con sorpresa que no estaba inmóvil ni en acecho, como de costumbre, el vigilante que le impedia acercarse á la puerta de la cueva.

Viéndose solo Riviere, metiéndose por el corredor, llegó delante de la puerta y la sacudió con violencia para darse cuenta de su solidez. Los tableros eran gruesos seguramente, pero la humedad los habia rajado, y á través de sus grietas un aire húmedo y frio, aire de sótanos, acarició el rostro del comandante.

—Esto es una cueva—se dijo Rivière.—¡Por aquí se debe poder salir!

Buscó rápidamente y á tientas, porque el corredor estaba oscuro, el sitio de la cerradura. Al tocarla, pudo convencerse de que se podía hacerla saltar fácilmente, y aun era posible sacar la puerta misma de sus goznes y arrojarla al suelo.

—La salvacion vendrá por este lado—se dijo Rivière, como si hubiese presentido el plan de campaña de Solignac.

Y volvió á salir á toda prisa al patio.

Al día siguiente Cláudio Rivière pasaba en direccion al patio, cuando una especie de obrero que trabajaba cantando, ocupado en blanquear la pared, le empujó con bastante fuerza el codo y le indicó en el suelo una especie de terron de tierra que el comandante, preocupado por la mirada del artesano, recogió á toda prisa. En cuanto se vió en el patio, Rivière aplastó entre sus dedos aquella bolita de tierra y halló en ella la indicacion exacta de los medios de salvacion que Solignac contaba emplear y que Rivière había adivinado. Por el corredor y la cueva que había visto el comandante era por donde debía huir.

Tragóse el pedacito de papel en el momento en que el vigilante aparecía al otro extremo del patio, saludando, inclinándose y apartándose para dejar pasar á un personaje á quien el comandante Rivière reconoció enseguida y que al principio tomó por un nuevo prisionero.

Era el coronel Bernardo Thevenot, el que entre los Filadelfos se llamaba *Varus*.

De alta estatura, delgado, todo músculos y huesos, una especie de Don Quijote, de bigotes rudos, ojos negros y brillantes, hundidos bajo sus pobladas cejas, el coronel Thevenot, severamente envuelto en su levita de paisano, tenía un aspecto realmente feroz, casi salvaje. Pero, bajo aquella ruda presencia, se ocultaba una honradez de oro puro y una voluntad de hierro.

El coronel Thevenot, aunque severo, era muy querido. Los soldados le llamaban *el justo* y habrían podido llamarle el justiciero.

Cláudio vió con terror á aquel hombre en el patio de su cárcel. ¡Varus en el Temple! ¿Estaría preso como él?

—¿Qué sucede coronel?—preguntó rápidamente Rivière al acercarse Thevenot.

—Nada. No hagais un solo gesto de sorpresa. He venido bajo pretexto de inspeccionar la cárcel.

—¡No estais prisionero entonces!  
Y Rivière respiró.

El coronel se volvió hacia el vigilante.

—¿Supongo que puedo hablar dos palabras con el comandante Rivière?

El vigilante llevó su mano á la frente saludando militarmente.

—No puedo rehusaros nada, ni coronel,—dijo.

Thevenot dió algunos pasos, sin afectación, por el patio para estar lejos del vigilante, que había permanecido inmóvil y respetuoso.

—¡Y bien!—dijo el coronel,—ya era tiempo de que las escrituras y los pagarés salieran de

vuestro poder, mi pobre Riviere! Si no los mandais fuera quedamos arruinados!

—¿Los habeis presentado?— preguntó el comandante.

—No. Los cincuenta mil francos que habia en billetes de Banco nos han bastado para los gastos actuales.

—Habeis hecho bien; esos pagarés son á la vista; es dinero contante. Cuando los necesiteis los cobrareis.

—¡Pero que inspiracion tuvo Oudet de enviar nuestros fondos á Burdeos! Ha sido su última orden por desgracia. Sin duda ignorais lo que ha pasado comandante—añadió Thévenot.—Oudet ha muerto.

—El duque de Otranto me lo dijo.

—Ha muerto asesinado,—dijo Thévenot.

—¿Asesinado?

—Al dia siguiente de la batalla de Wagram, por la noche, á pocas leguas del campo de batalla, Oudet cayó en un lazo; ha sido materialmente fusilado por un grupo que estaba allí de acecho.

—¿De austriacos?

—No, de gendarmes franceses. Veintidos oficiales, veintidos de los nuestros han caido alrededor de su cuerpo. Se hicieron matar por él, y los asesinaron como á él.

—¡Qué infamia!—dijo Riviere apretando los puños.

—Me han escogido para reemplazar al que he muerto—continuó Thévenot.—La policia de Savary y de Fouché no sospechan de mí. Libre en

mis acciones, puedo servir mejor nuestra causa. Por eso os traigo los medios de huir.

—¿Vos, coronel?

—El pan que os darán esta noche, contendrá unos alicates y una lima. Dentro de tres dias, el destacamento de servicio en el Temple será mandado por uno de nuestros oficiales. No tenéis más que pedir, por motivos de salud, un paseo por la tarde. Os traerán un disfraz y de ese modo podreis pasar por delante de los centinelas, como un obrero que sale de su trabajo. Justamente trabajan aqui varios artesanos, en obras de reparacion.

—Mil gracias, coronel. Veo que no olvidais á los servidores de vuestra causa.

—Es por amistad y por egoismo. Los hombres como vos escasean. Nadie os ha reemplazado todavía como tesorero del comité. ¿De modo?...

—De modo que utilizaré los instrumentos que poneis á mi disposicion... pero os ruego no me enviéis disfraz alguno; espero la ayuda de un amigo completamente adicto, que á estas horas debe trabajar por mí!

—¡Un amigo! ¿Cuál? ¿Uno de los nuestros?

—No, pero es un alma valiente y un corazón intrépido, ¡Enrique de Solignac!

—¡Un héroe, es cierto!—dijo el coronel Thévenot—pero tambien una cabeza destornillada... ¿Teneis mas confianza en sus proyectos que en los míos?

—Estoy seguro de salir del Temple, puesto que el coronel Solignac ha jurado que saldría.

—¿Y cuándo será eso? ¿Antes del plazo que yo os he señalado?

—Sí. ¡Mañana mismo!

—¡Sea como queráis!—dijo Thevenot—lo importante es escapar del peloton de ejecucion. No partais el pan hasta que esteis solo.

—Gracias, coronel, y hasta la vista.

—¡Dios os guarde!—Dijo Bernardo Thevenot, terminando bruscamente la conversacion y volviendose hácia el vigilante, que no se habia tomado tampoco el trabajo de escuchar.

Aquella misma noche Claudio Riviere, al partir el pan de la cárcel, halló dentro la lima y los alicates de que le habia hablado el coronel Thevenot. Ocultólas entre su camisa y su chaleco, esperando ya tranquilamente la noche del dia siguiente.

Los alicates y la lima le servirían para abrir la puerta del calabozo; á los pocos pasos llegaria al patio en que tenia la costumbre de dar su cotidiano paseo. No tenia más que atravesar una puerta y bajar unos cuantos escalones. Por la noche aquel patio estaba desierto. Se podia llegar á toda prisa hasta la tercera puerta que daba á la cueva, es decir, á la libertad, y allí estaria Solignac trabajando para que el comandante se salvara.

Sentiase febril ante la idea de que iba á volver á ver á aquella Teresa que le habia hecho traicion, y á aquel hombre, á aquel cobarde que le habia mentido.

Contaba ya las horas y cuando, durante la noche, la lúgubre campana del reloj del Temple

dejaba oír sus notas que parecian tocar á muerte, él se hacia la ilusion de que cada una de aquellas campanadas celebraba su conquistada libertad y su saboreada venganza.

Solignac tambien se decia á cada hora que pasaba:

—Mañana á estas horas Claudio Riviere estará libre.

No estaba impaciente; esperaba con la valiente serenidad de los que en la vida han hallado la seguridad. Aquel hombre no conocia la vacilacion. El dia que precedia á la noche fijada para la evasion, trascurrió tan lleno de incidentes que la vida no tuvo ocasion de presentarse.

\* \* \*

Fouché, que era una especie de sub-emperador y que tenia una actividad á propósito para dar envidia á Napoleon, siempre enfadado cuando se hacia algo sin él, organizaba con Bernardotte una leva de guardias nacionales destinados á proteger la línea del Escaut y habia decidido á Clarke, duque de Feltre, entonces ministro de la Guerra, á qué pasara en el Carrousel una revista á las tropas que en aquel momento habia en Paris, á fin de dar á la poblacion parisien, más tranquila desde Wagram, pero presintiendo siempre peligros hácia la frontera del Norte, uno de esos espectáculos

que elevan los espíritus por un aparato guerrero y presentan á la imaginación el espejismo de la gloria.

Estas eran precisamente las palabras de que Fouché se había servido para vencer la resistencia del duque de Feltre, que quería dejar al emperador el privilegio de esos días de aparato.

Las revistas militares eran entonces la gran diversión y el gran placer de los parisienses. Era de buen tono ir á ellas como á la Opera-Bufa ó al paseo de Longchamps.

Los magníficos desfiles de aquellos soldados de polainas de cuti blanco; de pesados schakós, cuyos gigantescos plumeros se habían balanceado bajo los arcos de triunfo de las capitales; la vista de aquellos gorros de pelo quemados por la pólvora, de aquellas banderas destrozadas apareciendo por entre las bayonetas, todas aquellas pompas de la guerra victoriosa, ahogando el pensamiento y reemplazando la libertad con apoteosis, de fuegos artificiales y Bengala que tenían el color de la sangre vertida, aquellas magnificencias de la fuerza, deslumbraban al pueblo que no podía hacer más que admirar, mientras llegaba la hora de gemir.

No era más que una pequeña revista la que iba á pasar el duque de Feltre; pero sacaba de las circunstancias su significación y su patriótico interés. La población iba á aprovechar evidentemente aquella fiesta para demostrar la alegría que había experimentado por la victoria de Wagram.

—Además—decía Fouché—la conclusión de la paz amenaza tardar mucho tiempo. Es preciso ocupar esas cabezas ardientes. ¡Pan y diversiones!

Solignac había recibido la orden de asistir á la revista. Su regimiento, acantonado en aquellos momentos en los alrededores de Schœnbrunn, no podía figurar en ella; pero el coronel había llegado en línea recta de Wagram, y el pueblo debía aclamar en él al ejército entero del Danubio. Los clarines resonaban por las calles desde por la mañana, los tambores y trompetas animaban á París con sus notas claras, alegres y vibrantes, con acentos de valor y juventud.

Los soldados pasaban, marcando el paso, orgullosos y marciales, y los buenos burgueses, que no seguían con la misma marcha á las músicas que les entusiasmaban, miraban alejarse los batallones parecidos á un sólo ser humano.

Los balcones de las casas de la plaza del Carrousel, que entonces era estrecha, estaban llenos de curiosos, y las tropas que formaban cuadro en la plaza dejaban únicamente el paso libre para permitir al estado mayor del ministro de la Guerra que fuera á agruparse ante el arco de triunfo del Carrousel que el arquitecto Fontaine había elevado tres años antes, tomando por modelo el arco de Séptimo Severo. A lo lejos, en los balcones de las Tullerías, se veían cabezas de mujer, uniformes y *toilettes*.

Las calles adyacentes, esas calles estrechas, sinuosas y oscuras, parecían un hormiguero de

gente que repartía codazos á diestro y siniestro para ver de lejos algun uniforme ó algun plumero, para oír el eco de los platillos ó el redoble de un tambor. El tiempo era hermoso, un espléndido día del mes de julio, no muy caluroso todavía, pero espléndido de sol.

La vía más obstruida por la gente era la calle Imperial, apenas construida, entregada todavía á los albañiles, que, pasando á través de las antiguas casas de aquel triste barrio, ponía las Tullerías en comunicacion con el Louvre. Los carruajes, las berlinas en que las elegantes lucían sus *toilettes* de colores pálidos, con el cuello y los brazos desnudos y la cabeza adornada de marabús; los landós, las carretelas de tableros azules, verde mar, cereza ó verde aceituna, no pudiendo circular á través de aquel río humano, permanecían inmóviles á los dos lados de la calle, y la multitud rodaba, por decirlo así, entre aquellas dos orillas de carruajes. Los coches más ligeros, como las victorias, los faetones ó los *bokays*, no conseguían abrirse paso. Hay momentos en que la muchedumbre es la soberana dueña, y su número ahogaría un ejército.

Por eso entre aquella multitud hubo un momento de sorpresa más que de ira, cuando vio aparecer en medio de la calle y de las oleadas de curiosos apretados unos contra otros, uno de esos carruajes llamados entonces *carricks*, un lindo *carrick* forrado de paño color de junco, en el que iba de pie, dando órdenes á su cochero, una joven de veinte años, admirablemente hermosa, vestida de un modo extraño, y que con su

traje blanco, salpicado de ramos de rosas naturales, parecía una aparición.

Había en ella una mezcla de gracia irresistible y de poderosa energía. Sus grandes ojos verde mar, de pupilas cambiantes como rayos de sol en días de tormenta, lanzaban miradas furtivas y atrevidas al mismo tiempo; su frente, de un blanco mate, sobre la cual llevaba, á pesar de la moda de aquel tiempo, dos bandós lisos de cabellos negros y brillantes; sus mejillas, armoniosamente dibujadas, duras y pálidas; su cuerpo, delgado y flexible; todo su ser, en fin, respiraba una intensa energía, disimulada bajo una gracia embriagadora.

Miraba á la multitud con aire de reina; con su mano izquierda indicaba al cochero del *carrick* la gente por entre la cual había que atravesar y el camino que tenía que seguir, y en su mano derecha llevaba un ramo de rosas de un color, un brillo y una poesía adorables.

Aquel ramo, que atraía, y cuyo olor mareaba, tenía un brillo vital tan extraño y poderoso, que daba á la palidez de la joven el aspecto del mármol. Mármol animado seguramente, porque aquella flexible y esbelta criatura, de manos pequeñas, muñecas delgadas y talle ondulante, revelaba altiva resolución; y su espalda, bien modelada, presentaba bajo su traje, que dibujaba curvas encantadoras, las ondulaciones robustas y flexibles á un tiempo de la grupa de la pantera.

—¡Es preciso llegar hasta el Carrousell! ¡Qué me importa la gente! ¡Vamos, si teneis miedo,

dadme látigo, y yo me encargo de abrirme paso!

El cochero tenía, sin duda, su amor propio, porque al oír la palabra *miedo*, arreó tan terrible latigazo al caballo, que el animal, después de haberse casi encabritado, partió intrépidamente, fundiéndose como una cuña entre la multitud, obligando á los curiosos á apartarse, unos asustados, otros furiosos, empujándose y apretándose con gritos, juramentos y amenazas.

La joven, sentada entonces y sonriente, apoyaba su nariz de nacar sobre las frescas rosas del ramo y miraba por encima de las flores á la muchedumbre exasperada, y sus ojos, verdes como el agua profunda, no reveleban de su pensamiento sino una especie de fastidio trágico y lleno de profundo desprecio.

La oleada de gente se abrió por fin dando paso al *carrick*; la joven se acercaba ya al Carrousel y veía al final de una calle transversal estrecha é invadida también por la multitud, el brillo de las bayonetas, parecidas á acero en fusión y llegaba á sus oídos por ráfagas el ruido de músicas militares.

—¡Vamos! ¡vamos!—decía impaciente golpeando con sus diminutos pies á los almohadones, color de junco, en que se apoyaban.

A pesar de la nueva tempestad de ira que levantó, el cochero, aguijoneado de aquel modo, logró acercarse lo bastante á la plaza para que la joven, poniéndose de pie en el carruaje, dominara por completo el Carrousel y pudiera ver los regimientos agrupados en cuadro alre-

dedor del arco de triunfo en donde caracoleaba el estado mayor.

Los guardias nacionales formaban la valla alrededor de la plaza, con sus calzones y sus petos blancos. En medio de la plaza aparecían los escasos batallones de los regimientos de infantería que habían quedado en París, batallones de cuatro compañías del centro con sus uniformes azules, que habían sustituido desde 1807 á los blancos que Napoleón había mandado al principio por decreto á la infantería de línea, pero que acababa de suprimir, porque según decía, en los días de batalla, *se veía demasiado la sangre* sobre el paño blanco.

Clarke bajó del caballo, y á pié, como hacía el emperador, inspeccionó las tropas reunidas; en aquel momento el silencio era grave y profundo, la inmovilidad soberbia; luego, volviendo á ocupar su sitio delante del arco del Carrousel, el ministro asistió al desfile.

Las bandas militares lanzaron al aire sus metálicos sonidos, los batallones fueron desfilando, y las aclamaciones de la multitud saludaban á los soldados en marcha, como agradecimiento ruidoso de la patria á los infelices que vertían su sangre por ella.

Y mientras que firmes y acompasadas en su marcha, las compañías sucedían á las compañías, de pié, en su *carrick*, con su ramo de rosas en la mano, la joven fijaba sus miradas ávidas é inquietas en aquella multitud de hombres y buscaba entre todos aquellos uniformes, los unos sencillos y casi pobres, los otros relu-

cientes y llenos de galones, un traje y un rostro que ansiaba descubrir.

De repente se estremeció al oír pronunciar detrás, por un chiquillo agarrado á su carruaje, el nombre del que quería adivinar, porque no le conocía y á quien tanto interés tenía en ver.

—¡Calle! ¡Solignac!—dijo el pilluelo de París, uno de esos que, por una especie de sorprendente erudición práctica, lo conocen todo y hacen con afilada lengua la crónica de la calle.

—¿El coronel Solignac?—exclamó la joven volviéndose apresuradamente hacia el chiquillo. —¿Dónde está?

El niño alargó la mano hacia un ginete admirablemente montado, y que, con el sable en la mano, dejaba piafar, su caballo junto al estado mayor del duque de Feltre.

Era Solignac en efecto y estaba soberbio. Su capa azul, pálido flotaba al viento sobre su dolman azul adornado con magníficos y brillantes cordones; llevaba chaleco encarnado, el calzon húngaro azul de cielo y la vaina dorada golpeaba la bota que sujetaba á medias una pantorrilla robusta y dibujada como la de un atleta antiguo. Con el schakó adornado de un plumero blanco, colocado sobre la frente, el robusto pescuezo sujeto por un cuello bien apretado; siempre risueño y de buen humor, el coronel parecía realmente la personificación de aquella heroica caballería que cargaba tan valientemente á los húsares alemanes ó á los cosacos, con jefes épicos como Murat, Lasalle ó Senteuil.

Castoret, de gran gala, con el mismo uniforme que su coronel, solo que con los cordones blancos, cabalgaba á pocos pasos del hermoso Solignac.

La joven, en cuanto le indicaron al que buscaba, no volvió á decir una palabra y sus ojos verdosos permanecieron fijos y como pegados al hermoso oficial que estaba á pocos pasos de ella. Debía pasar algo de violento y extraño en aquella cabeza de mujer, porque su rostro, pálido generalmente, se había vuelto livido, y aspiraba con una especie de embriaguez, como si aquellas flores tuvieran la virtud de un filtro, el ramo de rosas que sus labios besaban maquinalmente, cual si aquellos pétalos frescos y sedosos hubiesen estado vivos.

No perdía á Solignac de vista y, de lejos, parecía estudiarle febrilmente mientras que de entre la multitud llevada allí por la curiosidad, partían frases que respondían á sus propios pensamientos:

—¡Es el que ha traído las banderas austríacas!

—¡Valientes cargas dió en Essling!

—¡El hermoso Solignac es un héroe!

—¡Es un Murat con talento!

—¡Es el más brillante oficial del ejército!

—¡Es modelo de soldados! ¡Y bueno! ¡Y valiente!

—¡Es el hermoso coronel!

—¡Admirablemente hermoso!—murmuró la joven, como si á su vez hubiese respondido á las exclamaciones de la multitud.



En aquel momento había terminado el desfile; los guardias nacionales dejaron de formar valla, y el estado mayor del duque de Feltre partió al galope por el lado de los muelles, mientras que Solignac y Castoret, picando espuelas á los caballos, se acercaban justamente al sitio en que permanecía la joven pálida y trémula de pie en su carruaje.

—¡Ahí está! ¡ahí está!—gritaba la gente.

—¡Viva Solignac! ¡Viva el coronel!

Solignac se sonreía. Sus francos labios descubrían sus soberbios dientes, con una espresion satisfecha, que no se tomaba la molestia de ocultar.

Avanzaba sobre su caballo, mientras que Castoret gozaba impasible de la ovacion que recibía su compañero de infancia.

Solignac habia conservado su sable en la mano y se preparaba justamente á volverlo á meter en la vaina cuando, al llegar delante de la desconocida, que no le perdía de vista, y de la que le separaba una fila de soldados, desfilando con el fusil al hombro, vió, á través de las bayonetas, aquel hermoso y extraño rostro, aquellos grandes ojos, magnéticos, profundos como un lago, que le miraban con fijeza por cima de un soberbio ramo de rosas.

Detuvo instintivamente su caballo para seguir viendo un momento más aquella aparicion, cuando de repente, por encima de las bayonetas de los soldados, la joven lanzó, con un movimiento elegante y seguro, aquellas flores admirables, en las cuales tenia un

segundo antes apoyados sus ardientes labios.

Las rosas describieron, por encima de las bayonetas, una rápida parábola; pero el hermoso Solignac tuvo tiempo de recoger, al paso, con la punta de su sable, el embalsamado ramo.

Quitóle luego de allí con la mano izquierda, le llevó á sus labios, miró á la joven, sonrió y, envainando su sable, partió sin soltar las rosas y contemplando todavía, á través de los soldados, á aquella mujer joven, hermosa, llena de atractivos y que continuaba de pie en su *carrick* color de junco, siguiendo, con sus atrevidas pupilas, al hermoso jinete, que se alejaba entre el ruido, las aclamaciones y el rumor de las bandas militares.

—¡Qué hermosa mujer!—dijo el coronel á Castoret al cabo de un momento y aspirando el ramo de rosas.—Y bien, Castoret, ¿no dices nada? ¿No has visto nada?

Castoret no respondió en seguida.

—¿Te has vuelto mudo?—dijo Solignac.

—No—dijo el húsar,—no, mi coronel; pero, ¿vos no habeis notado una cosa?...

—¿El qué?

—¡Pues bien! ¡las rosas son rosas, mi coronel, pero la mujer es morena! ¿Me habeis comprendido? ¡morena!

—¿Y eso qué importa?

—Pues me importaria mucho si viniera del Mediodía. Y la prediccion de la señorita Lenormand, mi coronel, ¿la habeis olvidado?

—¡Que se vaya al diablo la prediccion y que venga del Mediodía ó del Congo, con tal de que

yo la vuelva á ver... ¡Qué extraña, ó mejor dicho, qué encantadora aparicion! ¡He quedado deslumbrado!

—¡Ah! mi coronel, tened cuidado—dijo Castoret.—Habiendo nacido el mismo dia, debemos tambien morir al mismo tiempo. Os lo he dicho y os lo repito: La profetiza de la emperatriz no se equivoca. Tirad esas rosas, mi coronel; quizás en esa mujer está el peligro. ¡Apostaría á que esas flores ocultan un áspid!

## VII

## Andreina.

Solignac no hacia caso de las palabras de su compañero. La mirada de aquella desconocida le habia conmovido realmente y halagado un poco tambien, á pesar de que debia estar acostumbrado á aquellos homenajes furtivos de la belleza al soldado que pasa. ¡Habia visto tantos de aquellos lindos rostros asomados á un balcon y que sonreian al regimiento en marcha! Habia recogido por los caminos tantos de esos ramos de flores arrojados por desconocidas al militar en campaña! Y ¡dios! El toque de botasillas cortaba de repente la novela apenas empezada, y cada etapa traia su promesa de amor que cada partida se llevaba.

Ningun caballero errante puede amar sino á la aventura. Solignac no habia dejado nada de su corazon por los caminos. No sembró más que sus caprichos, y el ramo de rosas de aquella mujer no habia sido el único que habia recogido con la punta de su sable.

Pero quizás nunca se habia sentido tan preo-